

SEGUNDO DOMINGO DE CUARESMA

La Cuaresma nos invita a examinar no solo nuestra conducta, sino también nuestras expectativas de Dios y de nosotros mismos. En la recuperación de la adicción sexual, podemos anhelar una transformación espectacular. Esperamos un momento en que la tentación desaparezca y la lucha se desvanezca. Sin embargo, el crecimiento espiritual suele desarrollarse de forma más silenciosa, moldeado por decisiones cotidianas, más que por experiencias extraordinarias.

El Evangelio de este domingo nos transporta a la Transfiguración, cuando Jesús permite que Pedro, Santiago y Juan vislumbren su gloria divina, para que después bajen del monte y los guía hacia el sufrimiento y el sacrificio (Mateo 17:1-5):

Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, el hermano de éste, y los hizo subir a solas con él a un monte elevado. Ahí se transfiguró en su presencia: su rostro se puso resplandeciente como el sol y sus vestiduras se volvieron blancas como la nieve. De pronto aparecieron ante ellos Moisés y Elías, conversando con Jesús. Entonces Pedro le dijo a Jesús: “Señor, ¡qué bueno sería quedarnos aquí! Si quieres, haremos aquí tres chozas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías”. Cuando aún estaba hablando, una nube luminosa los cubrió y de ella salió una voz que decía: “Éste es mi Hijo muy amado, en quien tengo puestas mis complacencias; escúchenlo.”

Pedro quiere preservar el momento. Quiere mantenerse en la luz y evitar lo que le espera. Para quienes se están recuperando de la adicción sexual, esto puede reflejar nuestro deseo de aferrarnos a las cimas espirituales. Quizá recordemos los primeros días de sobriedad, cuando la claridad se sentía fuerte

y la tentación se veía lejana. Cuando la lucha regresa, podemos sentirnos desanimados, como si algo hubiera salido mal.

La Transfiguración nos recuerda que los momentos en la cima del monte son regalos, no destinos. Nos fortalecen para el camino que tenemos por delante, pero no lo reemplazan. Jesús no permanece en la gloria. Desciende del monte y continúa hacia la cruz. La recuperación funciona de forma similar. Los momentos de gracia nos sostienen, pero la transformación ocurre a través de la honestidad constante, la responsabilidad y la entrega.

La voz desde la nube dice: “Escúchenlo.” Para quienes están sanando de la adicción sexual, escuchar a Cristo puede suponer alejarse de las falsas promesas de la fantasía y volver a la verdad. Puede significar elegir la oración en lugar del aislamiento, la confesión en lugar del secreto o la unión en lugar de la separación. Con el tiempo, estos actos diarios de escucha van transformando nuestros deseos.

Tomar nuestra cruz diaria, en este contexto, puede implicar aceptar emociones incómodas en lugar de escapar hacia comportamientos compulsivos. Puede significar aceptar límites, respetar las barreras y adoptar la humildad. Estas decisiones no son impresionantes. Son honestas.

La Transfiguración nos asegura que nuestra lucha no nos define. La luz revelada en el monte elevado dirige hacia la identidad más firme que tenemos como hijos amados de Dios. La Cuaresma nos invita a confiar en que, incluso cuando la tentación persiste, Cristo permanece presente.

No nos aferramos a los momentos espirituales efímeros, ni caemos en la desesperación cuando la dificultad regresa.

Seguimos escuchando. Seguimos rindiéndonos. Y confiamos en que el mismo Señor que reveló su gloria en la montaña, está trabajando en nuestra recuperación continua y diaria.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

■ ¿Cuándo has experimentado un momento en la “cima” de tu sobriedad que haya fortalecido tu esperanza?

■ ¿Cómo respondes cuando se desvanece la intensidad del entusiasmo inicial y la lucha ordinaria regresa?

■ ¿Qué significa escuchar a Cristo en momentos de tentación de ahora?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Génesis 12:1-4a0

SAL. RESP. Salmo 33:4-5, 18-19, 20, 22

SEGUNDA LECTURA 2 Timoteo 1:8b-10

EVANGELIO Mateo 17:1-9

